

Estos hechos pasaban del 8 al 12 de Enero de 1861, y solo el Sr. Bulnes conoce el misterioso procedimiento que debió emplear el Sr. Juárez para haber logrado que Zuloaga, Vicario, Mejía y Lozada lo reconocieran como Presidente Constitucional y protestaran guardar y hacer guardar la Constitución de 57 y las leyes de Reforma.

Y no prevé otro incidente más grande el Sr. Bulnes, acaecido en el mismo mes de Enero, la aparición en la escena, del nauseábundo, del sanguinario Leonardo Márquez.

Ese verdugo oficial del clero que lo mantenía y lo adulaba salió de su escondite de Tlalpam, marchó á unirse con las gavillas que merodeaban en los cerros del Poniente de la capital, estableció con ellas su guarida en la Villa del Carbón, llamó á su lado al disperso de Cuautla, Zuloaga y lo declaró Presidente de la República, sin duda por derecho divino, pues no sé que la Nación hubiera abdicado su soberanía en manos del asesino de Tacubaya.

Inútil es seguir la inmensa huella de sangre que dejó á su paso el miserable Márquez y en la que quedaron tirados los cadáveres de los ilustres patricios Ocampo, Degollado y Valle.

Esa formidable guerra religiosa era inevitable porque un clero fanático, imbécil, sanguinario é infidente quería salvar sus tesoros, su influencia y sus fueros.

Sólo en uno de sus arranques de neurótico pudo Bulnes acusar al Sr. Juárez de no haber hecho, en Enero de 1861, la paz interior.

La solución de ese problema no la da el Sr. Bulnes.

Yo, siguiendo la tesis del Sr. Bulnes sólo encuentro dos maneras de conseguir esa tranquilidad pública.

Primero, que el Sr. Juárez hubiera confesado y comulgado renegando de todas sus heregías, que hubiera vuelto al seno de la Santa Madre Iglesia militante con Márquez y Buitrón, que hubiera renunciado la Presidencia entregando el poder á Márquez para que éste lo transmitiera á Maximiliano, que hubiera ahorcado á sus Ministros y á los Jefes y periodistas liberales y, después, que se hubiera ido al extranjero para que no lo asesinara el traidor Márquez.

Sorprende que Bulnes no haya propuesto ese plan de pacificación.

Segundo, que el Sr. Juárez, al ocupar la capital en Enero de 1861, hubiera renunciado la Presidencia en favor del Sr. Bulnes; este eminentísimo hombre de Estado no sólo pone en cintura á la Iglesia católica, apostólica y romana con todo y su Papa negro Pío IX, sino que á Márquez, Lozada, Cobos, Lindoro Cajiga y Bueyes Pintos los hace sus ayudantes de campo, ata al pesebre de las deudas extranjeras á todos los voraces y corrompidos diplomáticos y en paz en el interior y con la Europa!

Pero si á pesar de ese prodigioso talento del Presidente Bulnes viene la intervención, levanta un trono y coloca en él á Maximiliano.....¿qué hubiera importado?

Bulnes á patadas hubiera echado al mar al ejército intervencionista, derrocando después á Maximiliano.

Y no exagero; el Sr. Bulnes en las partes segunda, tercera y cuarta de su libro presenta admirables planes de campaña con que se debió batir á los franceses, y sorprendentes proyectos para derrumbar el imperio y restaurar la República.

Después de la pomposa declaración del Sr. Bulnes que acabo de refutar, tropieza este Señor con un obstáculo contra sus planes que no había previsto, la resolución inquebrantable de Napoleón III de ocupar militarmente á México y dice:

« Se me objetará inmediatamente que la intervención de « las tres potencias *para* cobrar sus créditos á México no fué « más que un pretexto *para* derrocar á un gobierno republi- « cano reformista *para* poner en su lugar como monarca á « nn príncipe extranjero. Es cierto en cuanto á Francia y Es- « paña; no lo es para Inglaterra. El papel de Inglaterra fué « claro, leal, preciso; envió á cobrar y se le concedió lo que « solicitaba; dió la vuelta y no volvió á aparecer más.»

En cada párrafo del libro del Sr. Bulnes no sé qué hay con más abundancia si errores y faltas gramaticales ó falsas apreciaciones y juicios absurdos.

Perdonemos lo disparatado del estilo con sus muchos *paras* y vamos al fondo de la cuestión.

En unas cuantas líneas destruye el mismo Sr. Bulnes todo lo que había dicho antes sobre la manera de evitar la intervención arreglando y pagando la deuda extranjera.

Confiesa ahora, en efecto, el Sr. Bulnes que ese cobro fué solo un pretexto para intervenir, pues el proyecto secreto consistía en derrocar la República y fundar en México una Monarquía.

Luego aunque Juárez hubiera saldado las inmundas deudas española, francesa é inglesa la intervención se habría realizado.

El papel de Inglaterra, dice Bulnes, fué claro, leal y preciso, cobró y se fué para no volver.

No es exacto todo esto; el papel de Inglaterra sí fué claro y preciso; venir á cobrar lo que no se le debía; pero no fué leal, porque no lo es llevar entre bayonetas extranjeras, y no en las suyas, una cuenta adulterada y falsa.

La cobró Inglaterra es verdad; pero no lo es que no volvió más, como dice el Sr. Bulnes, pues volvió y cobró y se le pagó hasta que cayó el imperio; y aun durante la República siguió cobrando hasta que se extinguió su deuda.

Mas sea lo que fuere, el Sr. Bulnes, después de afirmar que España y Francia venían á México con proyectos monárquicos, sólo se ocupa de esta última y dice:

«Examinemos el asunto en relación con las ambiciones de Francia. Los motivos de la intervención francesa fueron dos. Uno político, llamado la obra gloriosa de Napoleón (III se entiende) que debía comprender la salvación de la raza latina, el dique á la ambición de los Estados Unidos y en realidad, para apoderarse, si podía, de algún territorio, y el segundo motivo fué la obra enteramente fangosa representada por los bonos Jecker y otros fraudes de igual naturaleza.»

Hasta aquí sólo tengo que observar que el Sr. Bulnes olvida otro factor importantísimo de la intervención francesa, la omnipotente influencia de la mujer de Napoleón III, Eugenia, que fanática como española, había resuelto proteger á la Iglesia de México, tan perseguida por los liberales.

Ya había yo señalado antes esta omisión cometida por el Sr. Bulnes; vamos adelante.

«Pero es muy interesante notar, dice Bulnes, que la obra gloriosa estaba subordinada á la obra fangosa.»

Y para mi es muy interesante dejar consignado que el Sr. Bulnes hace la anterior información porque sobre ella sienta su teoría de que destruyendo ó aceptando Juárez la obra fangosa, la obra grandiosa no se podía realizar.

Según el Sr. Bulnes la obra gloriosa del imperio francés tenía por cimiento tres errores que dominaban el espíritu de Napoleón: primero que las rentas públicas de México se elevaban á cincuenta millones de pesos, y su administración interior se cubría con veinticinco; segundo, que había en México un partido monarquista formidable compuesto por los nueve décimos de la población; y tercero, que Juárez era odiado por toda la población mexicana y no podía resistir á seis mil franceses, pues su ejército, el juarista, se reducía á cuatro mil hombres muy cobardes y dispuestos á pronunciarse luego que se presentaran las fuerzas francesas.

Algunas verdades hay en el párrafo que acabo de extraer, pero también apreciaciones verdaderamente pueriles.

Lo es, por ejemplo, la de creer que á Napoleón III lo atrajeran á México unos cincuenta millones de pesos, de los que, hechos los gastos indispensables de la administración, sólo quedaban veinticinco.

¿Y qué importaban á Napoleón ciento veinticinco millones de francos cuando disponía del rico y exuberante tesoro francés?

Bien sabía Napoleón que con esa miserable suma no se hace una guerra de conquista á dos mil leguas de distancia, y atravesando un mar proceloso para tocar costas mal sanas y mortíferas, ni se funda y sostiene una monarquía exótica.

Napoleón no era un genio, pero no era un cretino; era sólo un iluso, hinchado de vanidad que llegó á creerse árbitro de los destinos de Europa y que podía intentarlo todo con su ejército que se creía invencible, hasta que chocó con los mexicanos primero y después con los prusianos.

Porque eso sí es verdad, que Napoleón III creyó que con seis mil hombres podía ocupar á México, pues los soldados republicanos eran cobardes y desleales.

Y todo eso que en 1861 lo creía Napoleón III lo cree, por desgracia suya, el Sr. Bulnes en 1904.

Pero Napoleón no iba á lanzarse á una aventura peligrosa sin tratar de conocer antes el país donde sus tropas tenían que operar.

Las fuentes en que tomaba sus informes no podían ser más sucias; pero los hechos revelaban á Napoleón con una lógica inflexible que México estaba en bancarrota, que una larga guerra civil había agotado sus recursos y que no podía cubrir sus servicios administrativos ni los de su deuda exterior.

Pero en fin, dejó al Sr. Bulnes que crea que por veinticinco millones de pesos Napoleón III iba á emprender una expedición que costó á la Francia 363.155,000 francos.

Esta cifra consta en una nota que se comunicó á la Comisión de presupuesto del Cuerpo legislativo, y comprende las cifras ministradas por los Ministerios de Guerra, de Marina y de Hacienda, durante los años de 1861 á 1867.

Y dejó fuera de cuenta los cadáveres de soldados franceses que abonaron el suelo mexicano, y las manchas que echaron sobre la Francia imperial el ébrio Saligny negociando los bonos Jecker, Jecker comprando al corrompido hermano incestuoso de Napoleón, Morny, los comisionados franceses rompiendo su firma estampada en los tratados de la Soledad, Lorencez rompiendo el honor francés al retroceder á Orizaba violando lo pactado, Forey estableciendo las cortes marciales, Dupin robando y matando en Tamaulipas, el conde De Potier, el Haynau francés, azotando mexicanos..... en suma, Napoleón III retirando violentamente su ejército al sentir en sus espaldas el látigo del yankee.

¿Valía tanta mengua 125.000,000 de francos?
El Sr. Bulnes, á pesar de haber leído tanto libro sobre la intervención, no ha llegado á sorprender el origen de ese atentado.

Yo no quiero divagarme en un asunto que me alejaría del objeto de mi libro; señalé ya los principales factores de la invasión francesa y no quiero ir á sondear ese abismo de donde brotó la idea más gloriosa del imperio, el espíritu ambicioso, soñador, ligero y presuntuoso del bastardo hijo de Hortensia.

Algo se trasparenta en las instrucciones que Napoleón dió á Forey al partir éste para México á tomar el mando en jefe del ejército francés.

En ese documento fechado el 3 de Julio de 1862 se lee lo siguiente:

" En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente á la Europa, porque ella es la que alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero ningún interés tenemos en que se apodere del centro del Golfo de México, domine las Antillas y la América del Sur y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, y por consiguiente de la América central y del paso entre los dos mares, no habría en lo sucesivo otra potencia en América que la de los Estados Unidos.

" Si por el contrario México conquista su independencia y conserva la integridad de su territorio, si un gobierno estable se constituye allí con las armas de la Francia, habremos puesto un dique insuperable á las usurpaciones de los Estados Unidos habremos mantenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y de las colonias de la ingrata España, habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de América y esta influencia irradiará al Norte como al Mediodía, creará inmensos mercados á nuestro comercio y procurará las materias primas indispensables para nuestra industria. "

Esto osaba decirlo y hacerlo Napoleón III en 1862 cuando la guerra separatista desgarraba á los Estados Unidos, lo que los hacía impotentes para rechazar las agresiones de la Francia.

Y Napoleón III á quien idolatra Bulnes calificándolo de un gran político, no comprendió que el gran peligro de México y de la América central estaba en la debilidad del poder federal americano y en el triunfo de los Estados esclavistas que hubieran buscado su campo de extensión más acá de las fronteras mexicanas, invadiendo nuestros Estados fronterizos.

El reinado de Napoleón fué una serie de fracasos políticos; sus triunfos en Italia se apagaron en la cobarde paz de Villafranca; su insolente oposición de la candidatura de un Hohenzollern para el trono de España y su empeño por apoderarse del Luxemburgo lo llevaron á la vergonzosa capitula-

ción de Sedan y trajeron el año terrible para Francia, cuyo epílogo fué la horrible Comuna.

A la Comuna debió México una reparación justísima, el fusilamiento de Jecker, ya que este agiotista suizo no fué ahorcado en la República á la que causó tanto daño después de robarla.

Pero me he divagado señalando uno de los orígenes de la intervención que olvidó el Sr. Bulnes, tal vez el principal, la locura de soberanía universal que cegó siempre al emperador francés.

Vuelvo, pues, al Sr. Bulnes, que también sigue delirando y dice:

"Estos tres errores eran fáciles de disipar; nada menos
" el *Anuario Financiero* que se publicaba en Francia daba al
" gobierno de México una renta anual de doce millones de pe-
" sos. Pero era imposible desengañar á la Emperatriz que apo-
" yaba fuertemente la intervención, porque el clero la tenía
" aislada de los agentes ó amigos de Juárez y por otra parte
" era imposible desengañar á Napoleón porque de Morny ha-
" bía conseguido aislarlo para que no escuchando en los asun-
" tos de México más que á D. Juan Nepomuceno Almonte y
" como documentos comprobatorios los informes oficiales del
" corrompido Saligny....."

Cortaré aquí el párrafo, para estudiar con una lógica severa su contenido.

Comienza diciendo el Sr. Bulnes que los tres errores en que reposaba la obra grandiosa de Napoleón eran fáciles de disipar; y á renglón seguido dice el Sr. Bulnes que era imposible disiparlos en el ánimo de Napoleón porque sólo llegaban á éste los informes de Almonte y como comprobantes las notas oficiales de Saligny.

Por fin, Sr. Bulnes, ¿era fácil ó era difícil desvanecer esos errores?

Para mí lo difícil, lo casi imposible, es coordinar las ideas en el cerebro del Sr. Bulnes con una disciplina tal, que no choquen unas con otras en perpetua contradicción.

Mas antes de seguir en su marcha *deambulatoria* al Sr. Bulnes, debo hacer notar que este autor olvidó decir en su libro cómo pudo el Sr. Juárez disipar los tres errores en que

repositó la obra gloriosa del emperador y evitar así la intervención.

Sólo el inconmensurable talento del Sr. Bulnes puede descifrar el problema y encontrar la manera de que el Sr. Juárez obligara á Napoleón III á leer el *Anuario Financiero* á fin de que conociera el presupuesto de ingresos de la República.

Al Sr. Bulnes toca también decirnos cómo podía el Sr. Juárez alejar de Napoleón á Morny é impedir que el emperador recibiera á Almonte y leyera los despachos de Saligny.

¿Qué exigiría Bulnes que el Sr. Juárez hubiera marchado á Francia, forzado la entrada á Fontainebleau y haciendo á un lado al edecán y lenón del emperador, Fleury, hubiera penetrado á la estancia de Napoleón III, y en una larga y forzada entrevista lo hubiera convencido de que México era muy pobre, que no había en él monarquistas, que él, Juárez, era muy popular, y que los soldados mexicanos eran muy valientes?

Hay momentos en que la crítica histórica del Sr. Bulnes baja al género chico, no merece tratarse en serio y sólo es digna de la risa y del sarcasmo.

Recuerden mis lectores que el Sr. Bulnes afirma que los motivos de la intervención fueron dos: uno político llamado la obra gloriosa de Napoleón y otro completamente fangoso, representado por los bonos Jecker y otros fraudes de igual naturaleza.

El motivo político acabo de analizarlo; veamos ahora la obra fangosa que motivó la invasión francesa.

Dice Bulnes:

" Si la obra fangosa motivaba que Napoleón obrase vilmente engañado, y como sin engaño no podía haber obra gloriosa, quiere decir que para evitar la obra gloriosa hubiera bastado destruir á tiempo la obra fangosa."

Vamos á desatar este acertijo de obras gloriosas y obras fangosas..... y de obras fangosas y obras gloriosas..... una de tantas ollas-podridas de que se compone la desencuadrada literatura del Sr. Bulnes.

Este Señor quiso decir, en el párrafo que acabo de ci-

tar, que si Napoleón *vilmente engañado* por Morny vendido á Jecker emprendía la obra gloriosa de la intervención, con destruir la obra fangosa de la compra de Morny, la intervención no hubiera tenido lugar.

Bulnes, hondamente apasionado de Napoleón III, supone que éste ignoraba los innúmeros negocios sucios de su administración, cuando el más corrompido de los hombres del Imperio era el Emperador.

El chulo de una prostituta de Londres que obliga á ésta á que seduzca á un empleado de un banco para que robe la caja, y con el dinero de ese robo haga la expedición de Bologne sur Mer, no tenía por qué espantarse de que Morny se vendiera á un agiotista quebrado, para que éste se salvara.

Y no era Napoleón con todo y ceñir una corona quien estaba arriba de Morny, sino éste quien dominaba á aquél con su talento, su valor y su audacia.

Sobre todo, entre cómplices no hay secretos y los dos bastardos de Hortensia habían cometido el atentado del 2 de Diciembre, y el uno conocía todas las infamias del otro sin espantarse.

Eran dos truhanes que juntos robaban á la Francia, y protegían al grupo de aventureros, tahures, quebrados y mujeres perdidas que habían asaltado el gobierno francés.

Pero respetemos los afectos íntimos de Bulnes que tanto venera al inmundo Napoleón III y tanto odia al Sr. Juárez, y vamos adelante.

Sigue Bulnes, refiriéndose á la conveniencia de destruir la obra fangosa: "Y esto era muy sencillo dice Bulnes. ¿Cómo había Jecker comprado al corrompido Morny? Al crédito, porque estaba quebrado, acosado por multitud de acreedores; por mal que estuviera el gobierno mexicano para comprar favoritos imperiales crapulosos, siempre se hallaba en situación muy superior á la de Jecker como comprador. ¿Por qué no compró Juárez á de Morny? ¿Por dignidad? Es me- nos indigno, ó más bien, no es indigno comprar á un duque corrompido que reconocer *en principio* la deuda de Jecker, colocándose el gobierno liberal como rebelde ante Miramón, gobierno legítimo."

Antes de rebatir este párrafo, notaré que el Sr. Bulnes da por hecho con todo el aplomo que le da la infalibilidad

que cree tener, que el Sr. Juárez reconoció en *principio*, los bonos Jecker.

Ya demostré que es enteramente falsa esta afirmación de Bulnes, y para no caer en repeticiones fastidiosas, refutaré lo esencial del párrafo.

Pregunta el Sr. Bulnes: «¿Por qué no compró Juárez á de Morny?»

La respuesta es fácil: porque el Sr. Juárez no era Jecker, ni era Bulnes.

«¿Por dignidad?» pregunta Bulnes: sí, digo yo, porque el Sr. Juárez entendía la dignidad como es, no como la entiende Bulnes.

Este Señor había sostenido, ya como medio de evitar la intervención, que el Sr. Juárez debió reconocer el humillante tratado Mon-Almonte, sustituyendo el nombre de este traidor con el de Lafragua, para salvar la dignidad con un escamoteo de firmas.

Ahora formula contra el Sr. Juárez un cargo porque no compró á de Morny, y dice que éste acto no es indigno, puesto que Juárez ya había ofrecido reconocer la deuda Jecker.

Para el Sr. Bulnes es un acto digno, hasta plausible y meritorio, el cohecho ó el soborno. Para el Sr. Juárez, para el inmaculado Juárez, el cohecho y el soborno son dos hechos delictuosos que jamás hubiera cometido.

La Nación entera glorifica la dignidad del Sr. Juárez y á la dignidad que profesa el Sr. Bulnes la coloca entre la obra fangosa de Jecker y Morny.

Pero sigamos recorriendo las lucubraciones del señor Bulnes:

«Es tan legítimo, dice, en el terreno de la diplomacia que un gobierno compre ó á una duquesa, como en el terreno militar comprar á un general enemigo ó á todas ó parte de sus tropas»

Cuando me ocupe de la parte del libro en que el Sr. Bulnes trata de la guerra de intervención y condena lo que pérfidamente llama las defecciones de los beneméritos Generales Arteaga y Corona haré resaltar el distinto criterio con que juzga el autor esos hechos.

Ahora sólo diré que la diplomacia republicana siempre

leal, franca y honrada, ni ha cohechado á los favoritos de los reyes, ni ha mentido encubriendo los actos de su gobierno.

Vamos adelante.

Bulnes da por hecho que Juárez arrojaba al fango la dignidad de la nación y que sólo le preocupaba el precio que pudiera tener Morny en el mercado diplomático y dice:

"¿No lo compraba por no hacerle gastar una gran suma á la Nación? ¿Entonces, por qué ofreció á Saligny pagar á Jecker dos millones de pesos por un crédito ilegal, inmoral y á todas luces inconveniente? ¿No lo compró por patriotismo? Hay más patriotismo en comprar á un bribón que en dejarse insultar y humillar por él, como lo hacía Saligny cuando le hablaba al Gobierno mexicano. ¿Cuánto hubiera costado comprar á de Morny? Es muy fácil decirlo."

"*Más tarde (Saligny) propuso á Juárez reducir la deuda á cincuenta millones de francos amortizables con el quince por ciento del rendimiento de las aduanas. Conforme á esta proposición, Saligny quedaba satisfecho con diez millones de pesos, pagaderos en doce años y sin pagar interés. Según la carta de Jecker al Jefe del gabinete de Napoleón que ya cité, Morny debía recibir el 30 por ciento de las utilidades. Jecker computaba en dos millones capital desembolsado, más intereses, luego las utilidades debían de ser de ocho millones, de los cuales correspondían á Morny dos millones cuatrocientos mil pesos pagaderos en 12 años, según las últimas proposiciones que Saligny hizo á Juárez.*"

Con esa tenacidad en emitir las mismas ideas propia de los monómanos repite Bulnes hasta el fastidio que el Sr. Juárez reconoció la deuda Jecker, que ofreció términos de pago y que se dejó insultar de Saligny.

Ya probé, de un modo incontestable, que ni el Sr. Juárez se dejó insultar de Saliguy, ni reconoció el inmundo crédito Jecker.

Pero la insistencia de Bulnes me obliga á impugnar lo que dice en el párrafo anterior, en el cual las líneas subrayadas, según una nota, las tomó Bulnes de una autoridad inexpugnable, de Niox, *Expedition du Mexique*. Apéndice página 721.

Pues con el mismo autor voy á demostrar que es falso cuanto asegura Bulnes, insertando en seguida lo que dice Niox sobre estos incidentes del fangoso negocio Jecker.

Y al hacer dicha inserción, cuidaré de la exactitud en la traducción, y, la parte relativa, la insertaré íntegra, no truncándola como hace el Sr. Bulnes con los documentos que reproduce y los que mutila, según le conviene.

En el apéndice de la obra de Niox, intitulada *Expedition du Mexique*, página 720 (suprimida por Bulnes) se lee lo siguiente:

« Algún tiempo después, cuando Juárez hubo derrumbado á Miramón, uno de sus primeros actos fué declarar nulo y de ningun valor el contrato Jecker, concluído decía Juárez, con una autoridad rebelde. Jecker pretendía por su parte, y no sin alguna apariencia de derecho, que no le había tocado apreciar la legitimidad del gobierno de Miramón, reconocido entonces por todas las legaciones extranjeras; y pidió el apoyo de la legación extranjera para establecer la legalidad de su contrato. Esto acontecía en el mes de Enero de 1861, y en esa época se había presentado una solicitud con el mismo objeto al gobierno francés; sin embargo, Jecker era suizo y hasta el 26 de Marzo de 1862 fué naturalizado francés.

« Se podía considerar este negocio bajo un doble punto de vista: el de los intereses particulares de la casa Jecker, que eran también los de un gran número de franceses y de sociedades de beneficencia comprometidos en la quiebra de aquella casa, y el de los intereses generales del comercio que, por las bases del contrato Jecker, se beneficiaba por un gravamen menor de las aduanas, bastante importante.

« Jecker había encontrado en París poderosos apoyos. Muchos periódicos de la prensa oficiosa fueron invitados á prestarle su ayuda. El duque de Morny mismo se interesaba en su causa y se dieron instrucciones á M. de Saligny para que agitase ese negocio. (Nota de Niox. *Despacho del mes de Marzo, llegado en Abril de 1861.*)

« Las enérgicas representaciones del Ministro de Francia obligaron al gobierno de Juárez á reconocer la legalidad de los bonos Jecker (Nota de Niox. *Despacho de M. de Saligny al Ministro de negocios extranjeros, Mayo 1861*). Estos dos despachos no se publicaron en la colección de documentos diplomáticos. Nota del Sr. Zarco á M. de Saligny 2 de Marzo de 1861. Petición dirigida al Ministro de Fran-